

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: CONTENDIENTES,
MENTALIDADES Y DESARROLLO DEL CONFLICTO

Xavier Moreno Juliá

Universitat Rovira i Virgili. CECOS

xavier.moreno@urv.cat

Resumen. Esta ponencia, convertida en artículo, se ciñe al análisis sintético de los elementos que configuran su título, con el añadido de las causas que propiciaron la guerra; si bien, bajo el influjo del breve espacio en el que debe desarrollarse, prioriza algunos de dichos elementos.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial; Gran Guerra; Europa; Estados Unidos de América; antecedentes; causas; contendientes; mentalidades; desarrollo; paz.

Abstract. This article undertakes a synthetic analysis of the elements in its title and, additionally, of the causes of the war. Given the limited space in which it has to do this, it prioritizes certain elements over others.

Keywords. First World War; Great War; Europe; United States of America; antecedents; causes; belligerents; mentalities; development; peace.

Como en su día señaló Andrés Revesz, las guerras no estallan por la mala voluntad de un puñado de estadistas, como pretende una interpretación simplista de la historia. No hay buenos y malos, sino que todos tienen razón desde su propio punto de vista («su razón»). Y nos pone varios ejemplos al respecto. Así, ¿quién podría reprocharle a Serbia la ambición de unir en un solo Estado a todos los eslavos del sur?, ¿y a Viena que pretendiese protegerse contra el peligro paneslavo, fomentado desde San Petersburgo? Legítimas eran también las reivindicaciones nacionales de Italia, y natural el que Inglaterra no quisiese ver frente a sus costas un nuevo imperio de Carlomagno¹. En todo caso —prosigo con Revesz—, sin la energía de gobernantes preclaros y honestos, suele triunfar la solución más cómoda para el presente, aunque encierre graves peligros para el porvenir. Así, tras tres años de guerra desgraciada, Kérenski fracasó en su prédica de la necesidad de un nuevo esfuerzo al tiempo que Lenin incitaba a los soldados a que desertasen y volviesen a sus aldeas para repartirse propiedades ajenas. Se comprende que, ya sin esperanzas, sus palabras surtiesen más efecto que las del jefe del Poder Ejecutivo².

En todo caso —y esto es lo fundamental—, resulta muy difícil establecer culpabilidades en el estallido de la Primera Guerra Mundial, y ello a pesar de que, durante y tras la guerra, el tema favorito del periodismo y la literatura histórica fue «encontrar el culpable», en batalla de letra impresa. Tal como en su día manifestó el *magister Jaume Vicens Vives, deberíamos rastrear hasta mediados del siglo XIX* para determinar las causas del estallido de la guerra³.

Antecedentes

A partir de 1815, segundo y último año del Congreso de Viena, Europa vivió un largo periodo de relativa estabilidad, al menos en cuanto a guerras, que quedaron limitadas a dos o tres contendientes y nunca duraron más de dos años. Y, en todo caso, en 1871 terminó la última gran guerra entre potencias, con victoria de Berlín sobre París. A partir de entonces, en Europa solo lucharon pequeños países. Y ello, a pesar de agresivas rivalidades coloniales. El caso es que, tras el Tratado de Fráncfort (mayo de 1871), Bismarck (1815-1898) se acercó a Austria-Hungría, Rusia e Italia, y

1 Andrés RÉVESZ: *Treinta años trágicos, 1914-1945*. Editorial Febo; Madrid, 1945, pp. 16-17.

2 Andrés RÉVESZ: op. cit., p. 59.

3 Jaume VICENS VIVES: *La crisis del siglo XX (1919-1945)* (Barcelona, 2013), p. 29.

en 1882 logró la firma de la Triple Alianza, de la que solo Rusia quedó al margen. Con él como árbitro de las relaciones internacionales en Europa y con Francia vencida y aislada, la paz se mantuvo. Pero la llegada al poder del joven e impetuoso Guillermo II (1859-1941) llevó a la dimisión del canciller en 1890. A partir de entonces, la política exterior alemana cambió a peor, hasta el punto de que Francia consiguió acercarse Rusia (1892) e Inglaterra (1902). Fue así como se configuraron los dos bloques que acabaron por enfrentarse a partir de 1914: por un lado, el que giraba en torno a París, y por el otro, el que lo hacía en torno a Berlín, siempre militarista y con alto grado de frustración. Y fue así también que comenzó la letal carrera de armamentos, en el contexto del «Periodo de la Paz Armada».

Las cuatro crisis internacionales habidas entre 1904 y 1914 a punto estuvieron de hacer estallar una guerra. Dos de ellas tuvieron lugar en Marruecos (1904 y 1911), y las otras dos, en los Balcanes: la de Bosnia-Herzegovina, en 1908, y dos guerras balcánicas, entre 1912 y 1913 (en la primera —1912 y 1913— luchó una coalición, apoyada por Rusia, contra Turquía, que resultó derrotada⁴; en tanto que en la segunda —1913— hubo una ruptura de la coalición, y Serbia se enfrentó a Bulgaria, a la que venció en 33 días gracias al apoyo del resto de coaligados⁵). Resultado de ello, Serbia se engrandeció y devino la potencia balcánica junto con Rumanía y Bulgaria quedó territorialmente reducida⁶. En todo caso, las cuatro crisis tuvieron consecuencias: las marroquíes, la configuración de la Triple Entente, en 1907 (Francia, Rusia e Inglaterra), y las balcánicas, la erosión de las relaciones entre Viena y Roma, deseosas de controlar Albania, y el engrandeci-

4 La Primera Guerra Balcánica tuvo lugar entre 1912 (8 de octubre) y 1913 (30 de mayo, Tratado de Londres) entre las naciones balcánicas reunidas en la Liga Balcánica (Serbia, Bulgaria, Montenegro y Grecia) contra el Imperio otomano. El objetivo de la Liga era expulsar de Europa al Imperio y repartirse sus territorios balcánicos. La guerra acabó con la derrota de Constantinopla, inferior militarmente a los coaligados, pero las desavenencias entre estos llevaron a una nueva guerra.

5 La segunda guerra balcánica fue un breve conflicto que enfrentó en 1913 (del 16 de junio al 18 de julio) a Bulgaria con sus antiguos aliados de la Liga Balcánica, Rumanía y el Imperio otomano, del que salió derrotada. La guerra llevó al Tratado de Bucarest (10 de agosto de 1913), que modificó el reparto territorial acordado en el de Londres. Los combates duraron 33 días. Resultado: Serbia quedó como la principal potencia balcánica junto con Rumanía, y como única nación cercana a Rusia (alejamiento de Bulgaria por la actitud rusa en la guerra). Ello, a la postre, devendría crucial en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

6 No es de extrañar, pues, el odio que, a partir de aquel momento, se profesaron búlgaros y rumanos (en la Segunda Guerra Mundial saldría a relucir, a pesar de que ambas naciones se aliaron con Alemania).

miento de Serbia, que Viena entendió —con razón— como obstáculo para el deseado control de los Balcanes (añádase a Rusia, dispuesta a defender a Belgrado para unos Balcanes incólumes). Sin embargo, lo peor estaba por venir: nadie lo sabía, pero habían quedado configurados los bandos que lucharían, hasta el hundimiento de Europa, en la Primera Guerra Mundial: Austria-Hungría y Alemania (núcleo de las potencias centrales) frente a Serbia, Francia, Rusia y Reino Unido (primeros socios de la Entente). Una vez estallada la guerra, ambos núcleos se ampliarían sensible y progresivamente; sobre todo, el segundo.

Causas

La Primera Guerra Mundial fue resultado de la fatal interacción de un conjunto de factores, que pasamos a referir de forma sintética. El primero fue la rivalidad económica entre los países en los que el capitalismo había evolucionado antes, fundamentalmente Gran Bretaña y Alemania. Londres, cuna de la primera Revolución industrial, veía con preocupación cómo Berlín había cuadruplicado las exportaciones y cómo su industria la superaba, a la par que competía a nivel financiero. Segundo factor: las rivalidades territoriales, que dificultaban en gran medida las interacciones entre países; un punto en el que destacaban el contencioso de Alsacia y Lorena y el problema balcánico, además de la supeditación de la nación polaca a Rusia y de las ambiciones griegas, tanto a nivel territorial como marítimo. El tercer aspecto a retener es el de las rivalidades coloniales nacidas, fundamentalmente, del hecho de que los que serían imperios centrales habían llegado tarde al reparto. Así, las cuatro colonias alemanas eran poco productivas y la opinión pública austro-húngara no aceptaba la no posesión de colonias. En todo caso, el resentimiento y el deseo de una reestructuración del reparto estaban en la mente de muchos. Los conflictos étnicos pueden ser valorados como una cuarta causa de la guerra, y ello, fundamentalmente, en el seno de Austria-Hungría, donde chocaban el deseo uniformador de Viena frente a las aspiraciones nacionalistas de checos y eslavos, y al de preminencia del pueblo magiar. Un quinto punto a valorar es el nacionalismo xenófobo, que se traducía en un estado de ánimo victimista entre las opiniones públicas, que veían la necesidad de unión sin reservas frente al «enemigo exterior común». En tal sentido actuó la demagogia en la prensa. La carrera armamentística también debe ser tenida en cuenta, resultado de todo lo apuntado hasta el momento, que

generaba un estado permanente de tensión internacional. En todo caso, la acumulación de grandes arsenales, fundamentalmente por parte de Francia y Alemania, a nada bueno apuntaba (se les sumaban los ya citados planes secretos de ataque). En séptimo y último lugar, cabe no olvidar la precipitación en la que cayeron las naciones tras la declaración de guerra de Viena a Belgrado: movilizaciones parciales o totales e intimaciones se sucedieron sin que nadie tuviese capacidad para frenar la locura.

Influjo de las mentalidades

sin duda, las mentalidades colectivas preeminentes en los países que se involucraron en la guerra tuvieron un peso considerable en su estallido. Veamos, *grosso modo*, algunas de esas realidades⁷. En la mentalidad francesa, los invasores siempre habían venido del este (olvidaba las invasiones llegadas de Inglaterra y la anglo-española en 1813). En cuanto a la pérdida de Alsacia y Lorena en 1871, era asociada a la de dos hijos y, en todo caso, no podía haber perdón para los raptos. (Los niños, en la escuela, veían en los libros de historia cómo el águila prusiana se lanzaba sobre el gallo francés y lo apresaba, y como el pueblo de París, hambriento por el sitio prusiano de 1870, se veía obligado a comer ratas). Por todo ello, los franceses, desde el resentimiento, alimentaban su patriotismo: hundimiento o muerte venían siempre de Alemania, un país donde, a su vez, los escolares aprendían que su nación había sido siempre el freno a los intentos de penetración eslava en Occidente. Así las cosas, la *Drang nach Osten* (marcha hacia el Este) devenía casi una obligación, que generaría además ingresos y garantizaría dominio territorial. Pero se daba la circunstancia de que los niños aprendían también que el peligro podía proceder del Oeste, de la mano de Francia, el gran enemigo histórico. Además, cabe no perder de vista el hecho de que Alemania era un país militarista, en el que mandos del Ejército acumulaban prebendas en el mundo civil, donde hacían sentir sus inquietudes de forma especial. Así, en el ámbito de los negocios y en la propia universidad, los miliares configuraban la vanguardia del nacionalismo alemán⁸ (primero, desde la Liga Pangermánica —Alldeutscher Verband, 1891—; después, además, desde la Sociedad Colonial Alemana

7 Nos serviremos para ello del profesor francés Marc FERRO, en su magistral *La Gran Guerra, 1914-1918* (París, 1969), resultado de su tesis doctoral, dirigida por Pierre Renouvin.

8 Véase, en este sentido, *La Patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX* (Barcelona, Taurus, 2003; reedición, con prólogo revisado, de 2016), del profesor Juan Pablo FUSI.

—Deutsche Kolonialgesellschaft, 1892—, y finalmente, desde la Liga Naval —Flottenverein, 1898—, que llegó al medio millón de afiliados).

Por lo que a Gran Bretaña respecta, se veía amenazada por Alemania. Desde 1900, el aumento de su potencia naval, por influjo de pangermanistas como el *Großadmiral* Alfred von Tirpitz (1869-1930), preocupaba a Londres. No cabe duda de que había voluntad de entendimiento entre muchos hombres de Estado ingleses y alemanes, pero la rivalidad imperialista abocaba a ambos países al antagonismo. Sin embargo, desde su postura preeminente, Inglaterra se podía permitir mostrarse menos agresiva y más contemporizadora. Ello, a la postre hizo caer en el error a Alemania, que creyó que, en última instancia, Londres iba a quedar al margen de la guerra.

El Imperio austro-húngaro nació en 1867, en sustitución del Imperio austríaco, tras el reconocimiento del Reino de Hungría por Viena y el establecimiento de la monarquía dual (Ausgleich) bajo el cetro del emperador Francisco José I (de Habsburgo Lorena) de Austria (1848-1916, y rey de Hungría desde 1867) y de su sobrino nieto, Carlos (de Habsburgo-Lorena) I de Austria y IV de Hungría (1916-1918, sucesor tras el asesinato de su tío el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo-Lorena, en 1914). Llegado 1914, el nacionalismo de las diferentes partes del Imperio había aumentado sensiblemente, pero la acción del Ejército, vía servicio militar, lograba reducirlo. Ello solía funcionar regularmente salvo con la minoría serbia, germen de organizaciones de carácter terrorista, cual fue la «Mano Negra», que, por medio de Gavrilo Prinzip, acabó con la vida del archiduque y de su esposa en Sarajevo. El Ejército no se dejó engañar, y lejos de culpar a Bosnia, dirigió sus ojos sobre Belgrado. De ahí que, tras conseguir el apoyo alemán (Berlín ni quería ni podía perder el único aliado que le quedaba), el 23 de julio Viena hizo llegarle el ultimátum que conduciría fatalmente a la guerra. Y ello, a pesar de que Belgrado solo se negó a dos de las imposiciones⁹.

Finalmente, referir Rusia. Sus colegas leían que el pueblo eslavo era pacífico y hospitalario, y que rechazaba la guerra. De ahí que cuando un ruso abandonaba su humilde hogar no cerrase la puerta, en el sentir de que cualquier viajero pudiese entrar en él, comer y descansar. Pero, a pesar de aquella actitud —corroborada por los españoles de la División Azul

⁹ La participación de oficiales austro-húngaros en la investigación de los planes que llevaron al atentado y la eliminación de la propaganda panserbia en territorio imperial (Jaume VICENS VIVES, op. cit., p. 425).

durante la Segunda Guerra Mundial—, los rusos habían hecho frente a los escandinavos, polacos, alemanes (caballeros teutones, derrotados en 1242 por Alexander Nevski), tártaros, mongoles, turcos y japoneses (desastre de 1905). Y ya en 1914, recelaban especialmente de Alemania, al oeste, y de Turquía, al sur, dos de los cuatro miembros de los imperios centrales.

Desarrollo

El 28 de junio de 1914, Francisco Fernando fue asesinado: el 28 de julio, exactamente al cabo de un mes, estalló la guerra. Aquel mismo día, unas horas antes, el káiser, después de leer el texto del ultimátum austro-húngaro y la respuesta serbia, escribió al lado de esta: «Una gran victoria moral para Viena, y con ella desaparecen todos los motivos para la guerra». Sugirió que, como satisfacción de honor, Viena ocupase Belgrado temporalmente, y escribió a su ministro de Exteriores: «Estoy convencido de que, en general, se ha accedido a los deseos de Viena. En mi opinión, las pocas reservas que pone Serbia respecto a algunos puntos, se pueden solventar mediante negociación. La respuesta contiene el anuncio *urbi et orbi* de una capitulación humillante y, con ella, desaparece todo motivo para la guerra». Pero era demasiado tarde para la conciliación. Aquel mediodía, apenas una hora después, Viena había declarado la guerra a Belgrado¹⁰.

En la mañana del 29 de julio, Rusia llamó a filas a casi seis millones de hombres¹¹. Rusia y Francia presionaban a Londres para que entrase en la alianza franco-rusa al objeto de que quedase claro ante el mundo que si Alemania atacaba a Francia, Gran Bretaña intervendría como aliada y defensora suya. Pero el secretario de Estado, Edward Grey (en el cargo desde 1905, se mantendría hasta 1916: el ministro más longevo de Gran Bretaña) se negó a asumir el compromiso. Pero Berlín se equivocó al enviar un mensaje secreto a Londres que afirmaba que, de quedar al margen de la guerra, no quitaría territorio alguno a Francia, salvo sus colonias, lo que el siempre suspicaz Foreign Office valoró como muestra de cinismo¹².

A las 16 horas del 30 de julio, el zar firmó la orden de plena movilización. El sentir popular estuvo a su lado (defensa de los *hermanos eslavos de Serbia*)¹³. Rusia sabía del pleno apoyo de Francia, que se negó a mantener

10 Martin GILBERT: *La Primera Guerra Mundial*; La Esfera de los Libros, Madrid, p. 55.

11 Martin GILBERT: op. cit, p. 57.

12 Martin GILBERT: *ibidem*.

13 Martin GILBERT: *idem*, p. 58.

la neutralidad, tal como Alemania, en la confianza de una rápida victoria sobre la torpe y pesada maquinaria de guerra rusa, le pidió. París llamó a filas a sus hombres: casi tres millones. Resultaba evidente que la diplomacia fue insuficiente y las dudas de los hombres de Estado, demasiadas para evitar la catástrofe¹⁴.

El 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia, y el 3, a Francia. Aquel mismo día, invadió Bélgica, país neutral, lo que generó la inmediata entrada en la guerra de Gran Bretaña. Acababa de comenzar la guerra, que, tras el fracaso del Plan Schlieffen (rápido hundimiento del frente Occidental), se tornó en un bestial matadero entre trincheras y terrenos hollados por los proyectiles (solo la ofensiva alemana de Verdún y la contraofensiva de la Entente del río Somme se cobraron 1.800.000 vidas, entre febrero y diciembre de 1916). Italia había entrado en la guerra impelida por las promesas británicas y libraba una carnicería con Austria-Hungría. Paralelamente, Alemania luchaba contra Rusia, en un conjunto de batallas que no acababan de decidir la suerte de la una ni de la otra. Por su parte, Turquía se defendía mejor de lo que nadie hubiese supuesto de un imperio en secular decadencia. Mientras tanto, en las colonias, la guerra se decidía en favor de la Entente. En el mar, las cosas quedaron indecisas en Jutlandia (del 31 de mayo al 1 de junio de 1916), y la guerra submarina se impuso. En cuanto a la retaguardia, la que peor lo pasó fue la alemana, sometida a un riguroso racionamiento a tenor del bloqueo británico de sus costas.

Así las cosas, 1917 fue el año del cansancio, con huelgas generalizadas en retaguardia y motines y deserciones en el frente. Y dos hechos fundamentales tuvieron lugar: la entrada de los Estados Unidos de América en la guerra, en el mes de abril, y la petición de armisticio por parte de Rusia a raíz de la Revolución de octubre.

Al estallar la guerra, el presidente Woodrow Wilson (1856-1924) era partidario de la neutralidad. En última instancia, por temor a que, con una victoria de la Entente, Rusia se convirtiese en una potencia europea, y que la sociedad estadounidense se dividiese. Pero, en contra de los deseos de Wilson, en la sociedad estadounidense se daban posturas enfrentadas. Así, el este, con California a la cabeza, se mostraba partidario de la Entente; en tanto que en el centro, los germano-estadounidenses (condición), los irlandeses (odio a Gran Bretaña) y los polacos (odio a Rusia) eran partidarios de los imperios centrales.

14 Martin GILBERT: *idem*, p. 59.

Durante el verano de 1914, Estados Unidos mantuvo, sin problemas, la neutralidad plena. Pero, a partir de aquel otoño (en Europa había fracasado el Plan Schlieffen y la guerra se había estancado), la Entente se vio necesitada de los productos estadounidenses (Alemania también, pero estaba aislada por la Royal Navy). Concretamente, Washington recibió pedidos de armamento, de materias primas y comida por parte de Gran Bretaña y de Francia. Durante 1915 (Europa, guerra de trincheras en Francia) los Estados Unidos exportaron armamento, materias primas y comida, en tanto que sus bancos aceptaron costearlo (pagaban a los exportadores) sobre la base del crédito (Gran Bretaña y Francia retornarían el dinero una vez acabada la guerra con el añadido de intereses). En cuanto a Wilson, cedió y concedió un préstamo a Londres y París a cuenta del Gobierno Federal, en octubre. En aquellas circunstancias, el papel jugado por los Estados Unidos había cambiado radicalmente respecto al del inicio de la guerra: no era ya un país estrictamente neutral en tanto que proveedor y prestamista de uno de los bandos. Aun así, mantenía su neutralidad en términos bélicos. Pero aquel rol era peligroso, pues requería de libertad de navegación por el Atlántico, lo que entraba en conflicto con los imperios centrales, fundamentalmente Alemania, provista de flota submarina. Así las cosas, Wilson le pidió indirectamente la inacción frente a sus barcos mercantes con la proclama de Libertad de los Mares, en tanto que Londres y París levantaron el bloqueo de sus costas (Derecho de Visita). Y ello obligó también a los alemanes, que, bajo la velada amenaza de ruptura de la neutralidad estadounidense (eso suponía la proclama Libertad de los Mares de Wilson), ya en mayo del año 1916 debieron garantizar a Washington la no acción de sus submarinos contra los mercantes estadounidenses. (Un año antes —mayo de 1915—, habían muerto unos 100 estadounidenses, con el torpedeo del barco británico Lusitania, con un total de 1.200 muertos). Por tanto, a partir de mayo de 1916 las cosas parecían haber quedado resueltas. Pero ello fue solo una realidad temporal. Dos hechos iban a cambiar la situación: un telegrama y el hundimiento de un barco.

En el primer caso, un telegrama enviado por el secretario de Estado del Ministerio alemán de Exteriores Arthur Zimmermann¹⁵ (Telegrama Zimmermann) el 19 de enero de 1917¹⁶ a su embajador en México,

15 Explicado por el deseo de beneficio; esto es, el egoísmo.

16 No hay certeza de la exactitud de la fecha, pero esta es la más probable (es la que consta en la ficha de recepción de telegramas de la Embajada de México).

conde Heinrich von Eckardt, que demandaba una propuesta al Gobierno mexicano para formar una alianza en contra de Estados Unidos, por la que, una vez acabada la guerra, recibiría los muchos territorios que le habían sido sustraídos en la década de 1840. Pero fue interceptado por los servicios británicos, y pasado a Washington. En el segundo caso, había dos precedentes: el hundimiento del Lusitania (7 de mayo de 1915), mercante inglés con 136 pasajeros estadounidenses, de los que murieron 128, y el del ferry Sussex (24 de marzo de 1916) con 50 muertos; entre ellos, el compositor español Enrique Granados. Alemania, que veía como la guerra se alargaba y la situación interior del país se degradaba por el bloqueo marítimo británico (raciones alimenticias reducidas), optó por cancelar el compromiso con Estados Unidos. Así, el 1 de febrero de 1917¹⁷ anunció el final de la libertad de navegación en el Atlántico: sus submarinos atacarían a todo barco que traspasase una línea unas millas al este de las costas británicas y franceses. A pesar de la amenaza, algunos mercantes la desoyeron (falta de sentido común¹⁸) y traspasaron la línea. Resultado de ello, el 19 de marzo fue torpedeado y hundido el mercante Vigilantia (y sus tripulantes muertos). Al día siguiente (el 20), Wilson convocó al Congreso, que se reunió el 2 de abril de 1917 y, por amplia mayoría (82 síes y 6 noes en el Senado, y 373 síes y 50 noes en la Cámara de Representantes) aprobó la declaración de guerra a los imperios centrales (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía).

Llegado 1917, Rusia había sufrido muchas calamidades. Su Ejército, tan solo a finales de 1914, había tenido ya entre tres y cinco millones de bajas. En 1917 había que sumar algunos millones más. En marzo de 1916, obligados por el Acuerdo de Chantilly a apoyar a los franceses, en lucha en Verdún, los rusos atacaron cerca del lago Naroth (el mayor de Bielorrusia), pero volvieron a fracasar¹⁹. El virus de la desafección se incubaba, y tras aquel fracaso, sus ejércitos quedaron inmovilizados²⁰. Durante el invierno, la población padeció una importante elevación de precios, cerraron fábricas y el paro creció... La situación se aguantaba, pero los resquicios

17 Fecha que nos facilita el historiador Norman Stone, exprofesor en Oxford y Cambridge y actualmente profesor en Ankara, en su *Breve historia de la Primera Guerra Mundial* (Barcelona, 2008 y 2013).

18 No fue ministro de Exteriores como algunos textos indican. El cargo de secretario de Estado lo ejerció entre el 22 de noviembre de 1916 y el 6 de agosto de 1917.

19 Norman Stone: op. cit., p. 62.

20 Norman Stone: op. cit., p. 80.

eran muchos, demasiados. El estallido de la Revolución de febrero hundió al zarismo y llevó, en julio, a la presidencia de Aleksandr Kérenski, quien, a petición de los Aliados, desplegó la ofensiva contra los alemanes en la región de Tarnopol (del 1 a al 19 de julio, según el calendario juliano²¹). Sería la última, pues la Ofensiva Kérenski (Ofensiva de Julio u Ofensiva de Galitzia) fracasó, en parte, por la falta de motivación de los soldados²². Sus objetivos eran evitar el traslado de tropas de los imperios centrales al frente occidental antes de la llegada de las fuerzas estadounidenses, y recobrar la disciplina y el espíritu de combate, muy debilitados por las penalidades de la guerra y la revolución. El compromiso arrancaba de varias conferencias celebradas entre noviembre de 1916 y febrero de 1917. Tras varios éxitos iniciales, la ofensiva quedó paralizada el 15 de julio al amotinarse parte de los soldados, por el refuerzo alemán del frente y por la mala planificación del Estado Mayor. Al día siguiente (16), el frente se hundió. El 20, las potencias centrales habían avanzado a través de Galitzia y de Ucrania 240 kilómetros. La derrota resultó estremecedora a nivel psicológico (las bajas solo sumaban 37.000 hombres)²³.

El Gobierno provisional quedó sumamente debilitado tras Tarnopol, a pesar de haber logrado abortar el intento bolchevique de golpe de Estado (Jornadas de Julio, del 3 al 6²⁴, en Petrogrado) y haber procedido a la pertinente represión (supresión del Pravda y huida de los dirigentes, entre ellos, Lenin). La derrota de Tarnopol significaba la imposibilidad de llegar a negociar una paz con Alemania desde una posición de fuerza. Además, lo que hubiese podido ser una buena baza para Kérenski, el descabezamiento

21 Del 18 de junio al 6 de julio, según nuestro calendario, el gregoriano.

22 El Ejército había quedado tocado de muerte tras la entrada en vigor de la nefasta Orden Número 1 del Soviet de Petrogrado (1 de marzo —14, en calendario gregoriano—), por la que las órdenes del Gobierno provisional solo serían acatadas si no se oponían a las directrices del Soviet. La Orden había creado «Comités de Soldados» elegidos por la tropa, que, por lógica, quedaba abiertamente expuesta a la propaganda bolchevique. El Gobierno supo del malestar de los generales, pero nada hizo (o pudo hacer) por atenuar la situación. A tal circunstancia, y como agravante, se sumó, el 25 de marzo, la demencial (era una guerra) abolición de la pena de muerte en el frente: ipso facto sublevaciones y motines se extendieron como la pólvora entre las filas del Ejército. El Ejército ruso se hundía sin necesidad de entrar en combate.

23 Resulta curioso comprobar la poca trascendencia que dan a esta batalla algunos autores. Sirva de ejemplo decir que RENOUVIN (*La Primera Guerra Mundial*; Barcelona, 1987, p. 82) le dedica nueve líneas.

24 Del 16 al 19 de julio, en calendario gregoriano.

del nuevo jefe supremo del Ejército (había sustituido al fracasado teniente general Alekséi Brusílov el 19 de julio²⁵), teniente general Lavr Kornílov, el 28 de agosto²⁶ (tenía la oposición de las izquierdas), se volvió en su contra. Y ello porque no fue el Gobierno provisional el que paró el golpe, sino los obreros, a iniciativa del Soviet, por medio de una huelga general. Para mayor inri, tan solo cuatro días después, el 1 de septiembre, los alemanes lanzaron una ofensiva y conquistaron Riga, ante la pasividad de la tropa rusa, que, lejos de combatir, optó por huir. Las cosas se ponían definitivamente en contra del Gobierno provisional: el 12 de septiembre Rusia pasaba a ser una República, y ya el 25, Lev Trotski —arquitecto de la Revolución de octubre— se ponía al frente del Soviet de Petrogrado.

En un mes, todo estalló por los aires. El plan de Trotski funcionó a la perfección en la madrugada del 25 de octubre, y Rusia quedó en manos de los bolcheviques, y más concretamente, de Lenin, retornado de Finlandia. El armisticio llegaba el 2 de diciembre y la paz, el 3 de marzo de 1918 (pérdida de 80.000 kilómetros cuadrados de territorio y del 26 por ciento de la población). Alemania había vencido pero a un precio muy alto: ella y el mundo pronto iban a estremecerse por el coste de aquella victoria (Lenin había mostrado ya «su perfil» el 6 de enero de 1918, al proceder a la disolución del Parlamento ruso por medio de la Guardia Roja a tenor del resultado de los comicios de noviembre, en tanto que dominado por el Partido Socialista Revolucionario —Eserita—, con 380 escaños frente a los 168 bolcheviques,).

El preludio del final: Passchendaele y sus epígonos (de septiembre a noviembre de 1917)

Como había ocurrido en el Verdún y el Somme en 1916, Passchendaele (cerca de Ypres, de ahí el nombre de tercera batalla de Yprés, Bélgica) se convirtió en la gran batalla de desgaste de 1917, la última, de hecho, de la guerra²⁷, que, en parte, corrió a la par que la batalla del Chemin des

25 1 de agosto (gregoriano).

26 10 de septiembre (gregoriano). Kornílov se sublevó abiertamente tras haber sido denunciado por el propio Kérenski, en tanto que no había acatado la atenuación de sus propuestas en favor del retorno a una absoluta disciplina en el Ejército (pena de muerte, disolución de los Comités de Soldados, plena autoridad de los mandos, censura...).

27 Tal como señala Rosario RUIZ FRANCO, en *Las guerras mundiales en sus contextos históricos* (Madrid, 2017), p. 62.

Dames, comenzada a mediados de abril. El 13 de septiembre, el ejército de sir Herbert Plumer atacó en un frente de 3.600 metros tras disparar 3,5 millones de proyectiles. Pero la mayor parte de la infantería alemana aguardaba fuera del alcance de la artillería, y sus bajas se redujeron significativamente por comparación con las sufridas en el Somme. No obstante, Passchendaele resultó demoledor para británicos, franceses y alemanes. Cuando Haig suspendió, por fin, la ofensiva, a finales de octubre, las bajas superaban las 400.000 (solo las británicas se acercaban a 300.000), en tanto que las alemanas llegaban a 270.000. Aunque podemos alegar que los alemanes podían soportar sus bajas menos que los Aliados, ello no excusa la falta de imaginación de unos líderes que enviaron a la muerte a sus soldados en aquellas condiciones (fuertes lluvias, hasta el punto de que muchos murieron en los cráteres del suelo formados por la acción de las bombas o enterrados en el barro, y empleo de gases tóxicos)²⁸. Sin duda, una victoria pírrica²⁹.

En noviembre, los británicos buscaron una alternativa al enfoque de Haig. Los tanques habían hecho su primera aparición en el Somme, pero, como todas las armas nuevas, adolecían de problemas de desarrollo. Sin embargo, cuando la batalla de Passchendaele se estancó, el jefe del Cuerpo de Tanques expuso que una incursión contra las posiciones alemanas alejadas de Flandes podría tener éxito. Sometido a presiones políticas por parte de Lloyd George por las bajas sufridas en Passchendaele, Haig accedió. El 20 de noviembre, tras un breve cañoneo preliminar, los tanques británicos atacaron posiciones alemanas frente a Cambrai. Los defensores no disponían de reservas, y sus divisiones eran de «clase B», las más débiles del Ejército alemán. La posición se derrumbó en un día, y con un coste de menos de 5.000 bajas, los tanques británicos y los infantes de apoyo conquistaron más territorio que el ganado en un mes y medio por Passchendaele. Pero carecían de reservas. Aquella misma semana, un contraataque alemán golpeó las posiciones británicas en torno a Cambrai, en aplicación de una nueva doctrina ofensiva formulada por Ludendorff («ataque en profundidad»), e hizo retroceder a los británicos más allá de sus líneas de

28 Williamson A. MURRAY —en Geoffrey PARKER (ed.): *Historia de la Guerra* (Madrid, 2010)—, pp. 302-303. Rosario Ruiz Franco, op. cit., p. 63.

29 Rosario RUIZ FRANCO, op. cit., p. 63.

partida. Aunque en bandos opuestos, Haig y Ludendorff llegaron a una misma errónea conclusión³⁰: los tanques resultaban un arma fallida³¹.

En el ínterin, mientras la Rusia de Kérenski se hundía, los alemanes proporcionaron a los austriacos siete divisiones de élite para lanzar un nuevo ataque contra Italia. El 24 de octubre dio comienzo una incierta ofensiva austro-alemana (44 divisiones contra 41; 4.126 cañones contra 3.564³²) de la localidad de Caporetto³³, en el valle del río Isonzo. Pero en tan solo 16 días (hasta el 9 de noviembre) masacró al enemigo. Sin duda, las cosas no iban bien para los italianos: sus fracasos militares, el trato recibido por los soldados (66 fusilados en 1915; 177, en 1916, y 359, en 1917³⁴) y la baja la moral de la nación (48.282 insumisos en 1917³⁵) habían hecho mella en la tropa (56.268 desertores solo en 1917, con un incremento de 24.000 solo de mayo a octubre³⁶) y creado una situación propicia para el desastre (la undécima batalla del valle del Isonzo —la anterior a Caporetto— había suprimido a 170.000 hombres y parte de la llanura de Bainsizza³⁷). El hecho es que, en Caporetto, la línea del frente se vino abajo en un solo día, y el avance llegó a alcanzar la distancia inaudita —al menos, en Occidente— de 16 kilómetros en un día. El oficial Erwin Rommel, con refuerzos, apresó a unos 10.000 enemigos (la mayor parte de cinco regimientos); en tanto que otro futuro mariscal de campo, Ferdinand Schörner, no le fue a la zaga, pues participó también en la captura de varios pasos de montaña. En todo caso, Marc Ferro atribuye el hundimiento italiano a dos elementos humanos: una falsa maniobra del mariscal Luigi Cadorna y un acto de desobediencia del general Luigi Capello (francmasón napolitano de origen social humilde)³⁸. Al cabo de unos días, todo pareció indicar que Italia tendría que pedir la paz (293.000 prisioneros³⁹), pero, acuciados en

30 En el caso del segundo, puede entenderse, en tanto que en el de Haig resulta, como mínimo, cuestionable, vistos los resultados obtenidos.

31 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, p. 303.

32 Marc FERRO: op. cit., p. 351.

33 Hoy, Kobarid (Eslovenia).

34 Marc FERRO: op. cit., p. 351.

35 Marc FERRO: op. cit., p. 350.

36 Marc FERRO: op. cit., p. 350.

37 Norman STONE: op. cit., p. 117.

38 Marc FERRO: op. cit., p. 351; Norman STONE: op. cit., p. 119.

39 Marc FERRO: op. cit., p. 351.

otros frentes, los alemanes (a su frente, el competente mariscal Otto von Below) no podían mantener un esfuerzo de guerra suficientemente prolongado, y los austro-húngaros (capitán general Svetozar Boroevic⁴⁰), por sí solos, tampoco. Con ayuda de fuerzas británicas y francesas, finalmente los italianos pudieron detener el avance enemigo a orillas del río Piave⁴¹. La inmortalización de la batalla vino de la mano de la pluma de Ernest Hemingway, en su relato *Adiós a las armas* (1929), y su traslación al cinematógrafo, de la mano de Frank Borzage (1932)⁴².

Las últimas ofensivas

Durante el invierno de 1917 a 1918, los alemanes reorganizaron y volvieron a adiestrar a un pequeño número de divisiones de élite de acuerdo con las tácticas del «ataque en profundidad». Fueron 40 divisiones «de asalto», que recibieron equipo nuevo, los mejores mandos (oficiales y suboficiales) y una sólida formación en las nuevas concepciones bélicas. Estas exigían hacerse con la iniciativa y mantenerla tras haber roto la línea enemiga: era obligatorio penetrar de la manera más rápida e implacable en la retaguardia. La clave estaba en la rapidez (como en su día lo estuvo en el ataque dirigido a París). Pero la posición alemana estaba socavada por importantes debilidades: fuera de las unidades de élite, el resto del Ejército carecía de equipamiento, material humano y adiestramiento para aplicar la nueva forma de guerra, y la concentración de los mejores mandos en las tropas «de asalto» comportó el hundimiento de la capacidad de combate de otras unidades. De ahí que Ludendorff tuviese que ganar la guerra con sus escasas divisiones de élite antes de que llegaran los estadounidenses. De no hacerlo, el resto del Ejército no podría resistir mucho tiempo. En definitiva: aunque habían reflexionado minuciosamente sobre la táctica en el campo de batalla, los alemanes no sabían cómo traducir en victoria tales éxitos.⁴³ En un primer momento, entre marzo y julio, aprovecharon

40 De nacionalidad croata, es calificado como uno de los principales estrategas de la Primera Guerra Mundial. Fue ennoblecido por el emperador, y antes del término de la guerra, elevado a la condición de mariscal de campo.

41 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, pp. 304-305.

42 Rosario RUIZ FRANCO, op. cit., p. 63. Cabe decir, sin embargo, que el relato no responde a una vivencia autobiográfica como apunta la autora, pues Hemingway no llegó a Italia hasta el año siguiente (Norman STONE, op. cit., p. 175).

43 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, p. 305.

la superioridad numérica que les daba la retirada de Rusia para desencadenar sucesivas ofensivas, que reportaron victorias parciales. La primera, llamada «Michael», comenzó a las cinco de la mañana del 21 de marzo de 1918: 6.473 obuses abrieron fuego sobre un frente de 65 kilómetros con disparos que saturaron todas las trincheras, posiciones de baterías y almacenes de suministros. A las 9:35, comenzaron a ser disparados 3.500 morteros de trincheras. A las 9:40 avanzaron 32 divisiones, mientras otras 39 permanecían en reserva. Las defensas británicas se desintegraron casi de inmediato. Al segundo día, los ataques alemanes habían destrozado al ejército de Gough, aunque, en el norte, las fuerzas de Plumer resistieron. En aquel momento, Ludendorff desaprovechó su última oportunidad de ganar la guerra: a pesar de que el avance en el sur amenazaba con escindir a británicos y franceses, decidió reforzar la acometida del norte, que había obtenido pocos resultados. Además, durante el avance, las tropas de asalto, a pesar de su disciplina, evitaron a saquear los depósitos de abastecimiento. Entonces, se produjeron dos hechos cruciales: el primero, el rápido envío de Pétain de refuerzos desde el sur, y el segundo, que la Entente, al encararse a la derrota, instituyese un mando supremo en la persona del mariscal Ferdinand Foch, brillante profesor y mando. En una semana, sus soldados habían detenido la ofensiva: los alemanes habían perdido la partida⁴⁴. Entonces, Ludendorff ordenó un segundo gran ataque: sería en el sector norte del frente británico. Quería lanzarse sobre él en toda su longitud, pero ya solo disponía de 11 divisiones. La ofensiva comenzó el 27 de mayo, y logró crear un saliente con una base de 40 kilómetros que penetraba otros 20 en la línea de la Entente. Destruyó cuatro divisiones que guardaban el frente y otras cuatro que marchaban hacia él. El avance continuó el 28 y el 29. Y ya en la tarde del 30, sus tropas llegaron al río Marne, a menos de 65 kilómetros de París, que, por segunda vez en la guerra, fue presa de pánico general. Pero Pétain no cedió, y el 4 de junio las tropas estadounidenses entraron en combate, con apoyo francés, y detuvieron el avance⁴⁵. Así las cosas, Ludendorff ordenó eliminar el hueco existente entre los salientes formados por la ofensiva de primavera, pero fracasaron por falta de dinamismo en los preparativos, lo que alertó a la Entente. Las bajas alemanas fueron muchas⁴⁶. Finalmente, los alemanes se aprestaron a lanzar su cuar-

44 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, pp. 306-307.

45 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, pp. 308-309.

46 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, p. 309.

ta y última ofensiva, pero conformaban un ejército maltrecho y cansado. Ludendorff, falto de ideas y con pocos recursos humanos, intentó tomar Reims. La Entente, advertida nuevamente de antemano, preparó una defensa en profundidad, y Foch proporcionó once divisiones de refuerzo. Así las cosas, el asalto resultó desastroso⁴⁷. Desde «Michael» habían resultado muertos o heridos un millón de soldados alemanes, y las divisiones de tropas de asalto habían quedado quebrantadas. Los incansables ataques de Ludendorff habían desbaratado el Ejército y lo habían tensado hasta el límite, mientras que la fuerza aliada crecía rápidamente con la llegada de cientos de miles de estadounidenses⁴⁸. Aquellos ataques habían generado avances no vistos desde 1914, pero sirvieron solo para conquistar territorio y no para conseguir objetivos estratégicos. En cuanto a las ganancias obtenidas, resultaron más difíciles de defender que las líneas de partida. Lo que pasó, en suma, fue que el Ejército alemán se destruyó a sí mismo en el proceso de atacar.

A partir de aquel momento (julio de 1918), las fuerzas aliadas iniciaron un avance contra un adversario que se desmoronaba. El Ejército británico cargó con el peso principal de la ofensiva en el sector del río Marne (julio) y en Amiens (agosto). De las tropas de asalto alemanas no quedaba prácticamente nada, y solo los servidores de las ametralladoras ofrecían una resistencia eficaz. Pero los tanques aliados —esta vez no cuestionados— fueron factor de victoria. En septiembre, los británicos habían roto las principales defensas alemanas en el oeste (Línea Sigfrido), las habían alejado de la costa belga y estaban a punto de recuperar Bruselas⁴⁹. La hambruna acechaba Alemania, en tanto que las huelgas y la agitación obrera ponían en un brete la producción industrial. De ahí que Ludendorff pidiese a los políticos que consiguiesen un alto el fuego a fin de estabilizar la situación militar. Pero los Aliados les exigieron la rendición, a pesar de que acababa de ser nombrado canciller el príncipe Max de Baden, un liberal.

En un acto de honor, la Armada alemana decidió trasladar su flota al mar del Norte, para emprender un «crucero de la muerte». Pero los marinos reclutados, endurecidos por cuatro años de malos tratos y una alimentación espantosa, no quisieron morir por el enaltecimiento histórico de la

47 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, pp. 309-310.

48 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, p. 310.

49 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, p. 310.

Armada. Se sublevaron, y con ello vino la revolución y el hundimiento del Imperio de Bismarck. El káiser abdicó, y prefirió la deshonra a la muerte: huyó a Holanda. Ludendorff, disfrazado y con una barba postiza, escapó a Suecia. Las hostilidades cesaron el 11 de noviembre⁵⁰. Con Alemania, cayeron Bulgaria, Turquía y Austria-Hungría, imperio en proceso de desintegración, hasta el punto de que, en octubre, había sido proclamada la República Checoslovaca.

La paz

Los Aliados se reunieron en Versalles a partir del 18 de enero de 1919, al objeto de establecer las condiciones de paz a los vencidos. Estaban presentes 27 países, entre aliados y neutrales, pero las decisiones las tomaba el «Consejo de los Cuatro», configurado por los Estados Unidos de América, con su presidente, Thomas Woodrow Wilson, al frente de la delegación, así como por Gran Bretaña, Francia e Italia, con sus respectivos jefes de Gobierno: David Lloyd George (1863-1945), Georges Benjamin Clemenceau (1841-1929) y Vittorio Emanuele Orlando (1860-1952). Desde un primer momento, chocaron el idealismo de los Estados Unidos, plasmado en el Programa de Catorce Puntos, presentado por Wilson en el Congreso de su país un año antes, el 8 de enero de 1918, el deseo de equilibrio británico y Respecto a los tratados de paz, el Consejo decidió establecer un trato diferente con cada uno de los vencidos. Tres fueron firmados en 1919: el de Versalles, con Alemania (28 de junio); el de Saint-Germain-en-Laye, con Austria (10 de septiembre), y el de Neully, con Bulgaria (27 de noviembre de 1919); y los dos últimos, en 1920: el de Trianón, con Hungría (4 de junio), y el de Sèvres, con Turquía (10 de agosto). Sus consecuencias fueron de primera magnitud. Por un lado, transformaron el mapa de Europa, a raíz de la desaparición de tres de sus imperios (alemán, austro-húngaro y turco), en tanto que el cuarto (ruso) se había hundido durante la contienda. Y por otro, quedó remodelado el mapa colonial, pues Alemania perdió todas sus colonias en favor de los vencedores, y Gran Bretaña y Francia, además, pasaron a controlar los territorios que habían configurado el Imperio turco, en calidad de «mandatos», una nueva forma colonial. Como sabemos, el Tratado de Versalles fue determinante, en tanto que coadyuvó a abrir un periodo de transición hacia una nueva contienda mundial (sectores de la historiografía optan por referir una única guerra, fracturada

50 Williamson A. MURRAY —en PARKER—, pp. 311-312.

por 21 años de descanso). Algo que no iba a saber ni poder frenar la acción de uno de sus hijos: la Sociedad de las Naciones, primer organismo encargado de velar por la paz en el mundo tras la sangría de la guerra, nacida de los Catorce Puntos de Wilson. En todo caso, las heridas abiertas eran inmensas, tanto a nivel humano (casi diez millones de muertos y el doble de heridos o mutilados, viudedades, orfandades y toda la recula de miserias que genera un masacre de proporciones inmensas) como material (Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia perdieron más del 20 por ciento de su producto interior bruto). De hecho, la frustración de unos y de otros se quedó para no marchar.

La Primera Guerra Mundial no había sido una guerra más. La Gran Guerra había sido precisamente aquello: la mayor guerra vivida hasta entonces por la humanidad. Sus cuatro inacabables años de duración y los 70 millones de personas involucradas directamente en ella, repartidas entre 32 países, la hacían algo único. Europa había quedado desmantelada, con ingentes masas humanas desplazadas, ya no solo por los combates sino también por reconfiguraciones territoriales. El mundo que nacía a finales de 1918 en nada se parecía al de mediados de 1914: el hoy frente al ayer. Era un mundo en el que el eurocentrismo había quedado tocado de muerte. Los Estados Unidos de América estaban preparados para tomar el lugar que Europa había ocupado durante los últimos siglos. El estallido de una nueva guerra y su resolución iban a permitir la materialización del cambio.

Bibliografía

- GILBERT, Martin, *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004 (2010, primera edición en rústica).
- FERRO, Marc, *La Gran Guerra, 1914-1918*, Madrid, Alianza Universidad, 1984 (edición de 1998).
- FUSI, Juan Pablo, *La Patria lejana. El nacionalismo en el siglo xx*, Barcelona, Ediciones Taurus, 2003.
- PARKER, Geoffrey (ed.), *Historia de la Guerra*, Madrid, Ediciones Akal, 2010 (capítulo 14.º de 17: «Occidente en Guerra, 1914-1918», de Williamson A. MURRAY.)
- RENOUVIN, Pierre, *La Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1987.
- RÉVESZ, Andrés, *Treinta años trágicos, 1914-1945*, Madrid, Editorial Febo, 1945.
- RUIZ FRANCO, Rosario, *Las Guerras Mundiales en sus contextos históricos*, Madrid, Ediciones Paraninfo, 2017.
- STONE, Norman, *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Barcelona, Editorial Ariel, 2008 y 2013.
- VICENS VIVES, Jaume, *La crisis del siglo xx (1919-1945)*, Barcelona, Editorial Acantilado, 2013.